

Defensa de otras cosas

≈ LETICIA HERRERA

Me dijeron habla del poeta y de los bosques, y me dije: pero si nací en el desierto, y desconozco los nombres de los árboles y nunca me arrulló la floresta de ninguna selva arbolada, y apenas hace dos años descubrí las ceibas y planté eucaliptos y encinos que pronto me arrebataron los narcos. Si temo a los cucarachos y todos los pájaros me resultan muy parecidos aunque unos hagan cucú y otros como que se ríen de ti.

Yo me hice al silencio del asfalto, con los binoculares apuntando hacia el seco río Santa Catarina por paisaje, y mis divertimentos infantiles eran trepar a las bardas y a los techos, pero jamás a los árboles (porque las niñas no hacen eso y además cuáles árboles), y nunca me rasgaron los pies descalzos las rocas de los arroyos sino botellas quebradas en la banqueta por algún ebrio insomne de los sesenta.

No construí leyendas en torno a la vida silvestre y desconozco los motivos del lobo, y los del puercoespín y el zorrillo, y los de los tordillos.

Desconozco el susidio del venado escapando al ojo de la escopeta; mi fauna se compone de perros, ratones y gatos cheshirianos. En la primaria, los árboles eran un ricitito que dibujaba al lado de una casa de dimensiones no bien dimensionadas, y no existía la palabra deforestación cuando poníamos nuestro árbol navideño cada diciembre.

Pero bien sé que es menester que el poeta vaya a lo suyo, que defienda del mundo al mundo, por eso me convertí en guerrera, o pequeña guerrera de las palabras (o eso quiero suponer), y defendí el derecho de las mujeres a hablar de sus bosques existenciales, y de cómo les gusta desnudarse dos y tres veces en el mismo río para hacerle sombra a algún amator escuálido o robusto con la fronda de sus breves o generosos pechos.

Y reconozco, sí, que sé de reciclar y exprimo las hojas de papel hasta su último centímetro cuadrado de blanco, escribo en laptop hasta el último momento antes de imprimir papeles-borradores, y reciclo las botellas de la cerveza —que por eso la bebo, para vaciarla de sus contenidos dañinos al planeta—, y no tiro desperdicios cuando me han llevado a pasear a los arroyos mis amigos, los que nacieron con la entraña amarrada a los árboles milenarios y desayunaron sonidos tropicales y se hartaron de ver entre sombras y luces lo que es el hálito de vida, la exaltación del espíritu.

Yo pienso que a cada poeta le toca defender los temas que corresponden a su estro, que a cada cual le van siendo dictados los versos de defensa del ser humano desde distintas trincheras; así me avengo a lo mío, y por las tribunas que me paro canto al amor, que tanta falta hace a hombres y arbustos, y procuro siempre ayuntarme a natura para luego decir lo que fui descubriendo en las venas de las vocales, en las bayas magenta de algunas consonantes.

Y sí, confieso, desconozco las dimensiones de los bosques y no tengo las estadísticas de la trepidación que sienten los nogales al ser cortados para levantar cibercafés o estacionamientos subterráneos. Sé de calles

SÉ QUE ES MENESTER QUE EL POETA VAYA A LO SUYO, QUE DEFIENDA DEL MUNDO AL MUNDO

pavimentadas y defiendo mi ciudad ocupando el silencio de los necios, porque ¿no es bosque lo que la vista alcanza en

lontananza, la sombra que cobija los sueños, cualesquiera, y no vivimos nosotros en esos bosques grises de granito y duela, de ladrillo y cemento que levantarán alguna vez orgullos y economías? ¿Y no somos nosotros mismos bosque ignoto, sombra jamás trillada, aunque a veces abrimos veredas que hojarasca oculta, la envidiosa?

Yo que vengo del desierto, sé de las voces que intentan evitar la perforación inclemente de los cerros, que luchan por detener la construcción de estadios en parques arbolados, pulmoncitos indefensos que guardan a Monterrey de su debacle. Pero también sé de esos otros serruchos mordientes, la metralla, que tasajea niños aunque deje en pie los pálidos arbustos del Santa Catarina, allá por Guadalupe, y sé que todo amerita defensa: natura, sus criaturas, entre las que nosotros, necios, involucionamos sin gracia mientras dejamos ir los restos del viento entre los olmos, que también, sí, acompañaban mi infancia y, como todo, son cosa ida, carcomida, ya sin savia o contento por desparramar.

Dejo a los sabios, los rumorosos, los amorosos ceñidos a los troncos, los que conocen del canto del ceniztle y distinguen entre las ramas (como mi amiga Tocha) quién canta y por qué lo hace, y cuáles son sus modos de conquistar a su amada pajarita para perpetuar su especie y su trino. Me quedo con las urracas que terquean entre los cenizos árboles que ahorcan las banquetas, hago comunión con la parvada de cotorros que a cada víspera visita mi nogal y platica con mis gatos.

Reconozco que no hice la tarea, que se necesitan las voces y las manos y la reflexión y los datos de todos para formar el panorama de los bosques. Sé que un bosque es más que una fotografía desde el Google Earth, pero pido por compasión que nos dejen, a los desheredados de la fronda, cantar nuestros temas y defender los espacios de libertad que ameritamos para seguir hurgando entre la tierra; prometo consumir la menor cantidad de oxígeno posible antes de reintegrarme, humus discreto, a los pies de mis eucaliptos. 